



**DIOS BAJA  
AL  
INFIERNO  
DEL  
CRIMEN**

**M. Raymond**

M. Raymond, O. C. S. O.

# Dios baja al infierno del crimen

Versión española de  
FELIPE XIMENEZ DE SANDOVAL

1963

Nihil obstat:  
Fr. Maurice Mulloy, O. C. S. O.  
Fr. Paul Bourne O. C. S. O.

Imprimi potest:  
Rt. Rev. Dominique Noguez O. C. S. O.  
*Abbas Generalis.*

Nihil obstat:  
Dr. Salvador Malo  
*Censor.*

**Imprimatur:**  
† José María, Ob. Aux, y Vic. Gral.

Título del original norteamericano:  
GOD GOES TO MURDERER'S ROW

1963

Queremos expresar aquí nuestra gratitud a los editores de «The Christian Century» por habernos permitido utilizar el poema *Sobre una colina*, de Miriam Crouse.

***A LA SEÑORA LEONA PENNEY Y «TOMMIE».***  
***POR SU LEALTAD Y AMOR;***  
***A LAS HERMANAS DE NAZARET,***  
***POR SU CARIDAD;***  
***A LAS MAGDALENAS DE DETROIT,***  
***POR SU FRATERNIDAD;***  
***y***  
***AL PADRE JORGE T. DONNELLY***  
***POR SU CRISTIANISMO***

# ÍNDICE

PÓRTICO DEL TRADUCTOR.....	6
PRÓLOGO.....	11
EL DESASOSIEGO DE AUSTIN PRICE.....	15
DIOS REÚNE SUS INSTRUMENTOS.....	23
«LO MÁS PROBABLE ES QUE ME CONDENEN».....	35
SENTENCIADO A NACER.....	49
CONFINADO EN LA SOLEDAD.....	64
CUMPLEAÑOS EN LA CASA DE LA MUERTE.....	78
SATÁN, EN LAS CELDAS DEL PENAL.....	93
DIOS DA COMPENSACIONES.....	112
SENTIMIENTOS PROFUNDOS Y AMPLIOS HORIZONTES.....	131
REGALOS DE NAVIDAD.....	153
LIBERTADO DE LAS GARRAS DEL DEMONIO.....	168
EN LAS MANOS DE DIOS.....	192
EL ÚLTIMO DÍA SOBRE LA TIERRA.....	210
EPÍLOGO.....	223



## PÓRTICO DEL TRADUCTOR

Desde hace mucho tiempo era vehemente deseo de Ediciones Stvdivm —consagrada a proporcionar a una extensa masa de lectores de España y de América española las mejores obras del pensamiento católico contemporáneo— obtener los derechos de traducción y edición en nuestra Patria de algún libro del famoso trapense norteamericano Reverendo Padre Raymond, cuya vigorosa personalidad de escritor católico—poco conocida en España—ha penetrado a través de sus numerosas producciones en millares de hogares de América y Europa.

Nada menos que tres largos años de tenaces esfuerzos realizados por esta Editorial ha costado conseguir la realización de ese vivo deseo. Durante ellos, una insistencia machacona con amistades, corresponsales y conocidos en Norteamérica, España, e incluso Roma, ha venido actuando a modo de ariete contra la impenetrable muralla de silencio con que el Padre Raymond envuelve celosamente su absoluto retiro en la vieja Abadía trapense de Getsemaní, en Nelson County, Estado de Kentucky (Estados Unidos), fundada en 1848, y en la que más de un centenar de monjes, bajo la dirección de su Abad, llevan diariamente a la práctica la austera sencillez y las piadosas tradiciones de la hermosa y severa Regla dictada por San Benito hace quince siglos, seguida en todos los monasterios cistercienses durante la Edad Media, y restaurada en el siglo XVII en Francia por el Padre De Rancé.

Esos esfuerzos de Ediciones Stvdivm tuvieron so recompensa hace pocos meses al llegar a Madrid una carta del Padre Raymond, escrita a máquina y firmada con bolígrafo—no hay que olvidar que la vieja Abadía de Getsemaní está en la moderna Norteamérica—, encabezada con un Ave María y una Cruz, igualmente mecanografiada y así trazada:

*L*  
*G O D*  
*V*  
*E*

en la que el Padre Raymond, después de decir Dios ha premiado la

constancia de ustedes, anunciaba el envío del original de su último libro titulado *God Goes the Murderer's Row*, que llegó algunos días más tarde, acompañado de la autorización para su traducción y publicación en España.

Según noticias posteriores del editor norteamericano, se han vendido en poco menos de un año ochocientos mil ejemplares de este libro, cifra pasmosa que indica por sí sola el éxito sensacional de la obra en los Estados Unidos. La razón de tal éxito —que supera los anteriormente obtenidos por su autor con *Tres monjes rebeldes*, *La familia que alcanzó a Cristo*, *El hombre que se entendió con Dios*, etc.— estriba en la sencillez, la emoción y la veracidad que destilan sus páginas bellísimas, profundamente norteamericanas, pero impregnadas de un hondo sentido católico universal.

Los libros del Padre Raymond marcan huellas indelebles, tanto en el corazón de los creyentes como en el de los descreídos. Millares de estos últimos han sentido la llamada de la Gracia Divina y percibido con toda claridad la áurea voz de Jesucristo al meditar sobre las páginas del trapense norteamericano que, aislado del bullicio y dinamismo de su país en su silenciosa celda de la Abadía de Getsemaní, alternan sus sacrificios y plegarias con la tarea apostólica de difundir la palabra de Cristo entre una Humanidad que tantas veces parece sorda y obstinada en no escucharla. Pero que no cabe duda de que al fin la escucha, como lo prueba ese constante y prodigioso aumento de lectores y entusiastas del Padre Raymond.

El libro *Dios baja al infierno del crimen*, cuya versión española me encomendó Ediciones Stvdivm —otorgándome una confianza a la que he tratado de corresponder aplazando otros trabajos y poniendo en el arduo empeño todo mi leal saber y entender para comunicar al lector español la tierna y objetiva naturalidad con que el original relata un conmovedor episodio humano—, es, a mi juicio, uno de los más bellos y significativos que se hayan escrito en lo que va de siglo.

*Dios baja al infierno del crimen* es uno de esos libros —rarísimos— que reconcilian plenamente al hombre con la Humanidad y elevan su pensamiento a las más altas cimas del milagro y la Bondad Infinita de Nuestro Creador. Cuando toda una literatura y un cinematógrafo tremendista, e incluso las mismas artes plásticas envenenadas de esnobismos, se dedican a la descripción, la copia y la exaltación de lo feo, lo sucio, lo maloliente de la grey humana, prefiriendo la carroña a la rosa; cuando toda una manera de entender la vida —la existencia, como ahora se dice— desdeña las virtudes y se goza en la apología de las taras, los complejos, los

vicios y los malos instintos —que con tanta frecuencia sirven para el triunfo social—, como si lo noble, lo bueno y lo bello no existiera realmente; cuando el egoísmo, la pereza, la envidia, la indiferencia y el olvido de los valores eternos de que es portador cada individuo transforman la convivencia humana en una lucha feroz de pasiones, rencores, ambiciones y odios; cuando el ateísmo intenta contemporizar plácidamente con el Catolicismo en tácitos contubernios siniestros, y los propios católicos aceptan consciente o inconscientemente toda clase de sugerencias del enemigo, resulta gratísimo y confortador saber que aún permanecen intactas en algunas almas las fuentes del amor, la caridad, la dulzura y la fe que hacen posibles milagros como el de la conversión y redención del gánster Tom Penney. Y, sobre todo, que permanecen intactas en los Estados Unidos, ese país gigantesco, trepidante y poderoso en el que el mundo tiene puesta su mirada esperanzada en estos momentos de angustioso futuro.

Si los Estados Unidos fuesen únicamente como creen muchos que no han leído los libros del Padre Raymond y sí los de algunos de sus famosos novelistas o reporteros; si América fuese sólo la que vemos en las películas o los melodramones de suburbio con pretensiones de tragedia shakespeariana; si en América sólo existieran Broadway y Hollywood, Wall Street y *trusts* financieros, superfortalezas volantes, acorazados y bombas de hidrógeno; es decir, si América fuese únicamente una irresistible fuerza material que oponer al materialismo triunfante sobre los despojos de la vieja Europa asesinada, esa esperanzada mirada del mundo sería desesperantemente inútil.

Pero, por fortuna, no es así. No todo en Norteamérica son grandes hombres de negocios, diestros obreros más o menos stajanovizados, estrellas del cinema coleccionistas de escándalos y divorcios, bárbaros gánsteres sin piedad ni arrepentimiento, cínicos políticos corrompidos y corruptores, intelectuales comunistoides y frívolos millonarios. El Padre Raymond —que ya en el prólogo de *El hombre que se entendió con Dios* defendió a su país y a sus compatriotas de las acusaciones de muchos europeos que han logrado crear en los americanos un complejo de inferioridad que les hacía creerse destinados desde su nacimiento en esta tierra de materialismo y de actividad excesiva, a llegar tan sólo a una mediocridad espiritual—, vuelve a demostrar al mundo desde las páginas de *Dios baja al infierno del crimen* que semejantes acusaciones son inciertas, puesto que existe en Norteamérica un inflamado espíritu católico capaz de ponerse de manifiesto en cuanto llega la ocasión. La mentalidad norteamericana que los sabihondos europeos menosprecian muchas veces con el calificativo de infantil, posee



precisamente las más admirables condiciones de la infancia: alegría, sinceridad, valor, optimismo y pasión, mucho más valiosas que la ñoñez, la hipocresía, la prudencia, el pesimismo y la frialdad habituales en tanto exquisito espíritu europeo. La mentalidad norteamericana es capaz en estos tiempos de proporcionar a Dios —que ama sobre todas las cosas a la infancia— la suma de instrumentos necesarios para llevar a cabo la conversión total y la muerte ejemplar del pistolero Tom Penney, condenado a la silla eléctrica por formar parte activa de una banda de atracadores, como cualquier pistolero español, sin que la gran prensa de su país prodigara esos aspavientos de horror que, por lo visto, reserva para cuando los criminales han nacido en España y cursado sus estudios profesionales en las academias de delincuencia instaladas en el Mediodía de la Dulce Francia. Sólo la mentalidad americana es capaz de ofrecer al mundo un inspector Austin Price, preocupado de que muera con absoluta dignidad el criminal que ha vivido indignamente, y al cual han dado caza sus sabuesos; sólo la mentalidad americana es capaz de hacer que un jefe de Policía invite a un niño y a dos Hermanas de la Caridad a visitar en la cárcel a un reo de asesinato; sólo la mentalidad americana es capaz de todo lo demás que el Padre Raymond nos refiere en sus páginas admirables.

Ahora bien: a nosotros —europeos y católicos— nos gustaría que esa mentalidad infantil de Austin Price, de Sor María Lorenza y Sor Ana Roberta, del alcaide Buchanam, de los padres Donnelly, Eugenio y Brian; de las monjitas de clausura del convento del Buen Pastor, de Detroit; de los redactores del *Register*, de Denver; de los criminales Penney, Elliot, Trent — ¡esa armónica de Trent tocando un himno sacro en el momento supremo! —, Baxter y los hermanos Doughberty y de los cientos de amigos desconocidos que aliviaron con cartas, libros, medallas, escapularios, dinero y cigarrillos los diecisiete meses de cautiverio de Tom Penney transcurridos entre el crimen del Club de Campo de Lexington y el *asiento caliente* del penal de Eddyville, y que, tras de rezar por él en vida, le dijeron cientos de misas después de muerto, se diera también en esta vieja Europa, tan madura y tan egoísta, en donde con una regresión feroz a la barbarie primitiva parece tolerarse el delito y odiar al delincuente, tal vez por pensar, más que en la caridad cristiana, en la defensa de una sociedad que no tiene demasiado que defender. Nos gustaría que la crónica negra y el cotilleo que en tantas páginas de la prensa europea y en tantas tertulias de salón, café o taberna se regodea en lo morboso, se suavizara, y, desdeñando los detalles repugnantes o macabros, buscara la presencia de Dios, incluso en el infierno del crimen. Quisiéramos que, como ha dicho en otro lugar el Padre

Raymond, nada nos separara de la caridad de Cristo, tan distinta, por lo general, del concepto que de ella tienen muchos que se creen caritativos. Cualquier alma humana creada por el Señor tiene un punto sensible a la luz de la Divinidad. El más empedernido de los delincuentes, rozado por la varita mágica del amor, la tolerancia y la piedad cristianas, puede convertirse y llegar a la santidad. El ejemplo de Tom Penney, referido en este soberbio libro del Padre Raymond, podría repetirse una y mil veces si la palabra de Dios se transmitiese al oído de los pecadores, por quienes la lleven grabada a fuego en el fondo de sus corazones, como ese puñado de sacerdotes, monjas y seglares norteamericanos que el autor de *Dios baja al infierno del crimen* nos presenta con el arte sutilísimo de un gran novelista, la delicadeza de un poeta, la autenticidad de un reportero genial y la fiebre de un místico.

Estoy seguro de que el lector —que habrá olvidado cientos de nombres de personajes de otras tantas novelas, dramas y películas leídas o vistas en su vida— jamás olvidará los de Tom y Leona Penney, los de las Hermanas de la Caridad del Hospital de San José de Nazaret, de Lexington (Kentucky) y el de ese sacerdote rubio, alegre, infatigable, que es el Padre Jorge Donnelly, a todos los cuales quisiéramos encontrar algún día en la tierra o en el Cielo.

Y también lo estamos que, de aquí en adelante, colocará los libros del Padre Raymond en el estante de los autores predilectos, muy cerca de los de Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz y Fray Tomás de Kempis.

F. X. S.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

